

Las palabras: ceremonias de la impostura

Fernanda Mugica¹

Jean-Paul Sartre presenta en *Las palabras* una narración despiadada de su infancia. Desde el comienzo, el relato se organiza en función de alguna de las posibles formas de la autobiografía: un narrador en primera persona protagonista —que coincide con el autor cuyo nombre aparece en la portada— narra las impresiones de su vida. El relato se divide en dos grandes capítulos: el primero, *Leer*, y el segundo, *Escribir*. A primera vista, parece que los fenómenos de la lectura y la escritura fueran a narrarse al modo de las autobiografías intelectuales: los libros leídos y los textos escritos en tanto acontecimientos en la vida de un hombre. Pero en realidad, estos acontecimientos adquieren mayor singularidad cuando se considera que se trata de dos grandes ceremonias: en primer lugar, una ceremonia de la lectura, que atraviesa toda la vida de Sartre y da lugar a otra gran ceremonia, la de la escritura.

Posteriormente, y a lo largo de todo el libro, Sartre se encargará de presentar su vida como si se tratara de una serie de rituales, puestas en escena, pasajes, actuaciones; una serie de imposturas, comedias, poses, gestos que van a dar lugar, también, a una reflexión acerca del sentido de las ceremonias: su vinculación con la relación dialéctica entre el anhelo y la imposibilidad de ser, entre los modos que el sujeto tiene de construirse a sí mismo y las formas que esta construcción subjetiva encarna en el texto en tanto que autobiografía.

El concepto de ceremonia que tiene lugar en *Las palabras* no parece estar vinculado a lo religioso, sino aludir a series de actos que aparentemente no tienen motivación alguna y que se repiten puntual e insistentemente. Estos actos están, en apariencia, gobernados por reglas que no responden a un objetivo, sino que más bien existen en función de una costumbre, un hábito. Por momentos, las ceremonias parecen elaborarse para hacer frente a una existencia aburrida o sin sentido. El pequeño Sartre, hastiado de la monotonía de sus días en el número 1 de la calle Le Goff, repite todas las tardes la ceremonia del afecto/cariño hacia su abuelo: se contenta porque al señor Schweitzer se le resbalan los anteojos y eso da lugar a la actuación, entonces narra: “Se despertaba, me levantaba en brazos y hacíamos nuestra gran escena de amor. (...) Era un falso niño; sentía que mis actos se cambiaban en gestos. La comedia me hurtaba el mundo y los hombres.”² Así, la impostura convertida en hábito, en forma de vida, parece ser el abrigo del niño que encuentra un presente vacío y sin sentido a su alrededor, y por sobre todo, del sujeto (concebido ontológicamente) que intenta formarse y encuentra en los juegos, mentiras y máscaras sus únicos medios: “Estaba preparado para admitir (...) que la Verdad y la Fábula son lo mismo, *que hay que jugar a la pasión para sentirla*, que el hombre es un ser de ceremonias”.³

Si, subrayando la dimensión histórica de la autobiografía, es posible afirmar que el modo en que cada hombre concibe la naturaleza del sujeto determina en gran medida la forma y el proceso de la escritura autobiográfica, entonces es necesario prestar especial atención a la concepción sartreana del yo. De este modo, y siguiendo a Eakin, Sartre desestabiliza con su concepción de sujeto la idea de narrativa autobiográfica, sobre todo si se tiene en cuenta que, desde su perspectiva, la autobiografía no podría más que revelar que el yo tiene una parte ficcional. Sartre, en tanto protagonista de su autobiografía, se crea a sí mismo, crea su propia ficción de ser, a partir del rito y la ceremonia. Para él, la naturaleza ficticia de la identidad del yo es un hecho biográfico. La ceremonia, con su teatralidad, es lo que sostiene esa ficción. Dado que la existencia precede a la esencia, dado que al no ser esencia nos construimos a nosotros mismos, en el texto de Sartre el narrador-personaje protagonista también se construye a sí mismo a partir de un ceremonial, de una impostura consciente y da lugar a que el texto, la autobiografía misma, sea el escenario donde tienen lugar esas puestas en escena.

Resumiendo, podría pensarse que el sujeto en la autobiografía de Sartre se construye a partir de ceremonias, rituales, una teatralidad, una puesta en escena. Sartre parece mostrarnos en

¹ Alumna avanzada de la carrera de Profesorado en Letras (UNMDP). Contacto: fermugica87@hotmail.com

² Sartre, Jean Paul, *Las palabras*, Buenos Aires: Editorial Losada, 1997, 27.

³ *Ibíd.*, 39.

su autobiografía que él no es más que eso: una serie de imposturas y ceremonias. Como en los teatros de papel que fueron su primer contacto con el arte que luego a apasionarlo verdaderamente. Como el niño que juega y en sus lucubraciones se mezclan ficción y realidad:

A veces hojeaba mi vida, saltaba dos o tres años atrás para estar seguro de que todo debía acabar bien, que me devolverían mis títulos, mis tierras (...). Ese momento me encantaba: se confundían la ficción y la verdad; vagabundo desolado en pos de la justicia, me parecía como un hermano al niño desocupado embarazado consigo mismo, en busca de una razón para vivir, que deambulaba dentro de la música por el despacho de su abuelo.⁴

Sus juegos también son rituales que se repiten una y otra vez y que se entrometen con su vida real para constituirlo como sujeto.

Ante la dificultad de ser, sólo queda espacio para la teatralidad de la ceremonia. Y por oposición, la existencia misma, despojada de reglas y de comportamientos repetidos es lo que le da a Sartre el mayor vértigo y alegría de ser hombre. Esto es lo que experimenta en su relación con el cine: a su difunto padre y a su abuelo, la jerarquía social del teatro parece haberles dado el gusto por la ceremonia, porque “cuando hay muchos hombres juntos, o se separan por medio de ritos, o se matan unos a otros”. Pero el cine es prueba para Sartre de todo lo contrario, y lo lleva incluso a expresar su incomodidad frente al hábito de la impostura: “me desagradaron las ceremonias y adoré a las multitudes; las he visto de muchas clases, pero no he vuelto a encontrar esta desnudez, esta presencia sin reserva de cada uno en todos, este sueño despierto, esta consciencia oscura del peligro de ser hombre.”⁵ Pero que desenmascare las ceremonias, que no las encuentre genuinas, no impide que siga creándose a sí mismo siempre en función de ellas.

Este procedimiento en que entra en juego una relación dialéctica entre conservación y transgresión de lo establecido (ceremonia y violación de la ceremonia) está presente, también, a lo largo de todo el texto. Más adelante afirmará acerca de la ceremonia de escribir: “La escritura, mi trabajo forzado, no conducía a nada y, por lo mismo, se tomaba a sí misma por fin. (...) Si me hubiesen leído, habría tratado de gustar, me habría vuelto maravilloso. Como era clandestino, fui verdadero.”⁶ Sartre pretende construir en el presente de la escritura una imagen genuina de sí mismo. Sin embargo, sabe por adelantado, que en el futuro podrá verse como un impostor; habrá sido un impostor, también, en el relato de su autobiografía. Pero es justamente esta contradicción lo que define a *Las palabras*: Sartre da sentido a la autobiografía en tanto construcción del sujeto en esa tensión dialéctica entre lo verdadero y lo fingido, entre la verdad y la impostura.

Entonces, la impostura es una constante y da lugar a un sujeto que sólo existe para gustar a los demás: se trata del sujeto *obligado a no ser*, por las convenciones sociales ligadas a la sociedad a la que pertenece. El *yo* de Sartre es parte de una consciencia cínica, que oscila entre la mentira y la buena fe: la pose desenmascaradora de poses que lo obliga a reconocerse a sí mismo como un impostor no deja de ser, también, una pose más. Sartre se reconoce a sí mismo como actor: “(...) una certeza transparente lo estropeaba todo: yo era un impostor. ¿Cómo interpretar un papel sin saber que se está actuando?”⁷ preguntas que lo llevan a la realidad contradictoria del ser, que no puede apegarse a ninguna identidad.

Retomando el tema de la ceremonia, es posible afirmar que ésta tiene presencia textualmente, sobre todo, a partir de la utilización de un pretérito imperfecto que da una idea firme de repetición. Los mismos días, con las mismas acciones y acontecimientos, parecen repetirse para Sartre en una infancia que se le hace infinita. En ella tiene lugar la primera gran ceremonia, la de la lectura: “Me tumbaba boca abajo, de cara a las ventanas, con un libro abierto delante de mí, un vaso de agua enrojecida a mi derecha, y a mi izquierda, en un plato, una rebanada de pan con mermelada. Yo representaba hasta cuando estaba solo.”⁸

⁴ *Ibíd.*, 48.

⁵ *Ibíd.*, 102.

⁶ *Ibíd.*, 154.

⁷ *Ibíd.*, 73.

⁸ *Ibíd.*, 62.

La ceremonia de la escritura tiene especial importancia porque el sujeto se construye a sí mismo a partir del lenguaje. La parte que es ficción en el yo se crea justamente a partir de las palabras, y el acto autobiográfico se presenta como un ejemplo más de esta práctica establecida que es la autoinvención, y que no deja de estar relacionada con unas determinadas circunstancias autobiográficas.⁹

Una sensación similar experimenta el pequeño Sartre cuando escucha por primera vez un cuento contado en voz alta por su madre. Las mismas historias conocidas adquieren una nueva entidad ontológica a través del lenguaje:

En cuanto a la historia, se había endomingado: el leñador, su mujer y sus hijas, el hada, todo aquel mundo menudo, nuestros semejantes, habían adquirido majestad (...) las palabras se detenían sobre las cosas, transformando las acciones en ritos y los acontecimientos en ceremonias.¹⁰

Y los ritos y ceremonias vuelven a tomar el papel principal, porque las conclusiones a las que Sartre arriba podrían transponerse a la verdad de su autobiografía. Del mismo modo que el amor es *ceremonia ontologizante* para Cortázar, el lenguaje, la lectura y la escritura constituyen en Sartre las ceremonias dadoras de ser. Son las palabras que transforman a quien las pronuncia o escribe en demiurgo, hacen de las acciones y acontecimientos, ritos y ceremonias y dan entidad a un sujeto que sólo *es* a partir de estas ficciones: “mi mirada trabajaba con las palabras; había que ensayarlas, decidir su sentido; a la larga, la comedia de la cultura me cultivaba.”¹¹

El texto mismo puede pensarse, de hecho, como ceremonia, si se presta atención a la especial organización e insistente repetición de las palabras: “me volví sensible a la sucesión rigurosa de las palabras; volvían en todas las lecturas, siempre las mismas y con el mismo orden; yo las esperaba.”; o a la casi religiosidad que atribuye Sartre a la ceremonia de la lectura: “Yo estaba en misa: asistía a la eterna vuelta de los nombres y de los acontecimientos.”¹²

En este contexto, la pregunta habitual acerca de la verdad en la autobiografía queda invalidada. En un texto que sirve como escenario para la representación todo lo dicho puede estar siendo actuado, y no es posible pensar en términos de verdad y falsedad, del mismo modo que uno sólo se interroga en términos de verosimilitud cuando asiste a una representación teatral: “¿Sinceramente? ¿Qué quiere decir eso? ¿Cómo podría fijar –sobre todo después de tanto tiempo- la inasible y movediza frontera que separa la posesión de la representación?”¹³ Sólo podemos observar un personaje, un sujeto que se identifica particularmente con el nombre del autor y que crea su propia ficción, que llega a preguntarse si él mismo cree en sus propias imposturas, sin poder articular más que la duda como respuesta.¹⁴

Respecto a esto, es importante mencionar que después de haber narrado la historia genealógica de su familia, y la vida de sus primeros años, surge en Sartre la reflexión y la pregunta a la que sólo se puede responder dialécticamente:

Lo que acabo de escribir es falso. Verdadero. Ni verdadero ni falso, como todo lo que se escribe sobre los locos, sobre los hombres. He contado los hechos con toda la exactitud que me ha permitido la memoria. *¿Pero hasta qué punto creía en mi delirio? Es la cuestión fundamental y, sin embargo, no la decido.*

⁹ Cfr. Eakin, Paul John, “Autoinvención en la autobiografía: el momento del lenguaje”, en *Suplementos Anthropolos*, N°29, 1991, 79-93.

¹⁰ Sartre, *óp. cit.*, 78.

¹¹ *Ibíd.*, 66.

¹² *Ibíd.*, 43.

¹³ *Ibíd.*, 62.

¹⁴ *Ibíd.*, 61.

En definitiva, sólo puede discurrir sobre su teatralidad, teniendo siempre conciencia de que esa teatralidad existe. Es el hombre que se ve a sí mismo como se escucha hablar. Y, en este sentido, podría pensarse que la autobiografía se asemeja a una crítica teatral centrada en la construcción de los personajes, ya que no hace más que juzgar las capacidades performativas del actor (él mismo) y de los demás (los demás personajes de la puesta en escena que es su vida: como si estuviese encerrado y consciente en el escenario de su vida, del mismo modo que los personajes de *A puerta cerrada* se encuentran atrapados en el escenario de su muerte).

Estas consideraciones, obligan a presuponer una identificación entre el sujeto textual y el sujeto en tanto que entidad ontológica, la cual se da en Sartre a partir de la creación de un personaje de sí mismo. En todo caso, lo que interesa es observar los procedimientos a través de los cuales construye ese sujeto y permite leer su autobiografía en una clave en la que Sartre-autor es idéntico a Sartre-personaje, en función de un pacto autobiográfico y a pesar de las contradicciones que pueden acarrear un sujeto en continuo cambio y la concepción de la vida como un proceso.

La segunda gran ceremonia es la de la escritura. Del mismo modo que en el primer capítulo Sartre narraba sus peripecias para gustar a las personas mayores a través de una impostura consciente, en el capítulo correspondiente a la escritura, realiza un recorrido similar: cómo sus primeras palabras escritas son una forma más de agradar, de acomodarse a las convenciones sociales, de cumplir con el ceremonial impuesto, con las etapas del rito. Escribía por imitación, para parecerse a las personas mayores, y escribía, por sobre todo, porque era el nieto de Charles Schweitzer. La misma impostura tiene ahora un cuerpo y una vida propios, fuera de la del pequeño Sartre:

Empezaba a descubrirme. Yo no era casi nada; a lo más, una actividad sin contenido, pero más no hacía falta. Me escapaba de la comedia (...); el mentiroso encontraba su verdad en la elaboración de sus mentiras. Nací de la escritura; antes de ella, sólo había un juego de espejos; desde que hice mi primera novela supe que en el espacio de los espejos se había introducido un niño. Al escribir, existía, me escapaba de las personas mayores; pero sólo existía para escribir, y si decía 'yo' quería decir 'yo que escribo'.¹⁵

El escritor se convierte en demiurgo y ahora, además de crearse a sí mismo a partir de la palabra y la puesta en escena, también puede darle vida a lo otro:

(...) podría poner mi parloteo, mi conciencia, con letras de bronce, sustituir los ruidos de mi vida por inscripciones imborrables, mi carne por un estilo (...), aparecerme al Espíritu Santo como un precipitado del lenguaje (...) y ser *otro* finalmente, ser otro distinto de mí, otro distinto de los otros, otro distinto de todo

Y lo otro como distinto de sí mismo también da lugar, a todas las posibilidades de la imaginación: "erigía catedrales de palabras bajo el ojo azul de la palabra cielo." y de la realización del yo: "No escribiría por el gusto de escribir, sino para tallar ese cuerpo de gloria en las palabras."¹⁶

La misma tensión dialéctica entre el anhelo y la imposibilidad del ser tiene lugar ahora a través de la escritura. Sartre descubre que combinando ingeniosamente las palabras, el objeto puede enredarse en los signos y él mismo, nacer de él. En definitiva, el planteo no deja de enmarcarse en el idealismo de las palabras ("era retórico y sólo me gustaban las palabras"); pero en ese juego dialéctico, también está el germen de su ser:

Nuestras intenciones profundas son proyectos y fugas unidos inseparablemente: veo que la loca empresa de escribir para que se me perdonase la existencia, a pesar de las fanfarroneadas y de las mentiras, tenía alguna realidad; la prueba es que cincuenta años después, sigo escribiendo (...) Hoy considero aún mis charlatanerías unos ejercicios

¹⁵ *Ibíd.*, 29.

¹⁶ *Ibíd.*, 58.

espirituales, y mi insinceridad una caricatura de la sinceridad total que me rozaba sin cesar y se me escapaba.¹⁷

De este modo, Sartre nos pone frente a una sucesión de caricaturas enmarcadas en diferentes escenas, justificadas por la estrecha relación entre la ceremonia y la teatralidad. Sus peleas y reconciliaciones con la abuela, las primeras incursiones en la lectura y la escritura, sus primeras relaciones de amistad, sus primeros juegos (que siempre incluían los libros: esos “hombres-troncos” que eran sus muñecas), sus primeras idas al cine, sus primeros días en la escuela, su afecto por el abuelo y todos los sucesos que lo envuelven en la comedia familiar, todos estos acontecimientos están presentados en función de ritualidades, de ceremonias, ya sea porque se las perpetúa o porque se las transgrede. Desde la ceremonia del nacimiento, que parece repetirse en toda oportunidad (“y a cada instante repetía la ceremonia de mi nacimiento”¹⁸) hasta la muerte, que se reduce a un rito de paso, y que posteriormente será vivida por él como una *ceremonia del adiós*, ya próximo a su muerte, y que da lugar a las reflexiones de Simone de Beauvoir en la novela autobiográfica del mismo título.¹⁹

Para terminar, es necesario considerar que mientras algunas ceremonias parecen tener lugar para mantener un orden establecido, otras parecen no tener ninguna razón de ser, y existir sólo para llenar los vacíos, para calmar los miedos de un Sartre-niño, como en el caso del rito en el que imagina encontrarse con la muerte: “tenía que acostarme echado hacia la izquierda, de cara a la pared; yo esperaba, temblando, y ella aparecía(...) con una guadaña; entonces tenía permiso para echarme hacia la derecha, ella se iba y yo podía dormir tranquilo.”²⁰ Por momentos, los rituales más importantes parecen estar, de hecho, elididos.

Y en oposición a la comedia familiar y sus ceremonias inútiles, que lo hacen parte de su ritual agobiante para adornarlo constantemente con una necesidad forjada cuando él, en realidad, se siente completamente fuera de lugar, aparece lo que podría definirse como un comportamiento substancialmente opuesto al de ceremonia, que parece existir siempre en función de una comunidad. Es el niño que hace muecas frente al espejo, que en la intimidad de su cuarto no llega a ser lo que querría, pero se manifiesta, quizás, como una de las formas más genuinas del ser: la señora de Picard le dice que sólo se es interesante cuando se es sincero y él, consciente de su impostura, sólo atina a correr a hacer muecas delante del espejo.

El espejo era para mí una gran ayuda: le encargaba que me hiciera saber que yo era un monstruo... Era la Comedia del Mal contra la Comedia del Bien (...); había tratado de refugiarme en mi verdad solitaria; pero no tenía verdad: en mí sólo encontraba un sinsabor amargo.²¹

En conclusión, es posible afirmar que en *Las palabras*, la subjetividad se construye a partir de una puesta en escena, que puede observarse tanto en la ceremonia y el rito (íntimamente relacionados con la teatralidad) como en la impostura y la traición que Sartre hace cínicamente conscientes. De este modo, se ponen de manifiesto las contradicciones de una realidad del ser que no puede apegarse a ninguna identidad, de una existencia que se encuentra siempre en la tensión dialéctica entre el anhelo y la posibilidad de la esencia.

¹⁷ *Ibíd.*, 163.

¹⁸ *Ibíd.*, 71.

¹⁹ El concepto de *ceremonia* es retomado en *La ceremonia del adiós* y puesto en boca del mismo Sartre: “Aquella vez comí con él en “La Coupole” (...). Me levanté tres minutos antes. Sonrió de manera indefinible y me dijo:

-Así, pues, es la ceremonia del adiós.

Le puse la mano en el hombro, sin responder. La sonrisa, la frase, me han perseguido largo tiempo. Yo daba a la palabra “adiós” el sentido supremo que tuvo unos años más tarde, pero entonces estuve sola para pronunciarla.” De Beauvoir, Simone, *La ceremonia del adiós*, Editorial Edhasa, Madrid, 1983.

²⁰ Sartre, *óp. cit.*, 83.

²¹ *Ibíd.*, 102.

